

Los contactados

Hermoso y divino Noé:

Te escribo esta carta con un profundo sentido de urgencia. Me asedia la íntima convicción de que algo importante está por pasar. Algo que lo cambie todo o, cuanto menos, muchas cosas. Y si bien no puedo decir que ese presentimiento sea nuevo en mi vida, desde hace un tiempo a esta parte la presión de lo inminente me ahoga, oprimiéndome el pecho. Lo que sigue es un torpe intento, escrito a las apuradas, de explicarte las razones detrás de mi urgencia. Razones que, además está decirlo, contrarían mi fe de hombre de ciencia y que, dalo por hecho, echarán por tierra la seriedad que trabajosamente me supe ganar en la academia (cómo verás, no seré el primero ni el último). Puntualmente, se trata de unas experiencias muy extrañas que viví cuando tenía más o menos tu edad; al menos, en la primera de ellas, la más importante. Es por eso que creo que es mi deber como padre ponerte al tanto de estos eventos porque, quizás, también te interpielen en carne propia. Conocer mi experiencia te permita, también quizás, responder de otro modo o, al menos, más meditado, frente al contacto. Pero no quiero adelantarme, así que pasaré directamente a los hechos.

Los contactos fueron dos y tuvieron lugar durante mi infancia en un lapso de tiempo que, aunque me resulta difícil de precisar, se extiende entre los 9 y los 14 años de edad. El primero de todos, el realmente espeluznante ocurrió una noche de verano, durante las vacaciones escolares. En mi recuerdo, me encontraba durmiendo en mi cuarto de la casa de Wilde, que compartía con el tío Ale. Él dormía a mi lado su sueño profundo de 3 o 4 años, atiborrado de calor y cansancio. Mi cama estaba en paralelo y mis pies apuntaban a la

ventana, que solía dejar con la persiana entreabierta, para que entre el fresco de la noche -los mosquitos no representan un problema mayor para mí, como sabrás. En cierto momento tomé conciencia dentro de mi sueño y advertí que no podía moverme. Intentaba abrir las manos o moverme de lado, pero mi voluntad no ejercía señorío sobre mi carne y mis huesos permanecían rígidos, como si una energía suave pero lo suficientemente potente -quirúrgica, podría decirse- interrumpiera mis conexiones nerviosas. En ese estado de creciente desesperación, vi con los ojos abiertos (o cerrados), una luz compacta y coherente colándose en los intersticios de los listones de madera de la persiana. Se proyectaba sobre la pared inundando la habitación de franjas incandescentes. De alguna manera, sabía perfectamente lo que estaba pasando y eso no hacía más que intensificar el terror. Y es que sentía, literalmente, que el alma se me estaba saliendo del cuerpo -como te gusta decir cada vez que te asusto mucho. No creas, Noeci, que esto es otro intento de hacerlo porque, como te lo prometí, a ese impulso irrefrenable renuncié para siempre la vez que, sumergido en tu jueguito, te sorprendí desde atrás. Recuerdo tu rostro aterido y el pecho inflándose a más no poder; te vi jadear y temí por tu bien.

Más bien, Toné, es lo contrario porque cuando lo terrorífico no es tan extraño, asusta menos. Cuando uno está avisado, el horror pierde parte de su efecto sorpresa. Sea como fuere, ahí estaba, congelado en el instante, inmóvil de terror. Como un siervo encandilado por las luces, vi posarse una presencia luminosa sobre mi lado izquierdo, entre mi cama y la de Ale. Se volvió sobre mi, aproximándose a mi cara, como un arco de luz azul. La presencia, sin embargo, me tranquilizó. Había algo femenino en ella; de alguna manera sabía que era una mujer, una madre intergaláctica que me invitaba a acompañarla. También sabía que me iría en la nave. De hecho, tengo una imagen de su interior, un halo de luz y la silueta de una o dos criaturas más pequeñas, casi infantiles, llamándome, convocándome con los brazos abiertos. Por un instante, me dejé llevar por la invitación que era como un ensueño luminoso de entrada a las compuertas de luz. Como si flotara desde la cama al habitáculo sólo con el pensamiento. Creí ver otra cama en la nave, donde seguiría

¿durmiendo? Ahí fue que advertí el peligro; temí por mi cuerpo, tan a la merced; como probablemente ya sepas, soy un animal bastante difícil de domesticar, aunque sea muy doméstico, a la vez, como ya sabrás, mi Tonesuno. Entonces comencé a revolverme, a moverme con toda la fuerza para recuperar el dominio de mi cuerpo, que a fin de cuenta es lo único que con seguridad nos mantiene con vida. Recuerdo haber gritado "no, no, por favor, no" y pensar en la abuela Ana, que dormía en su pieza, a un millón de años luz de la mía. Lo siguiente es un despertar abrupto y espasmódico, lleno de transpiración fría y pavor. Este evento volvería como una pesadilla recurrente, asociado a la parálisis del sueño, que me acompañaría hasta bien entrada la edad adulta.

El segundo acontecimiento ocurrió algunos años después. Digo 4 pero podrían haber sido 3 o 6. Era invierno y estaba en la casa de mi abuela, que daba al mismo patio que mi habitación. Wilde era un PH al fondo con dos casas conectadas por un pequeño pasillo siempre atiborrado de cosas (el "cuarto del quilombo" lo llamábamos). En el medio, terciaba un patio de baldosas rojas donde mi abuela tenía sus plantas, último reducto que le quedaba del campo, y que yo me empeñaba en destruir con la pelota. Así aprendí también a cuidarlas, a atarles las partes rotas a los malvones con cinta scotch y esperar que mejoran. Les hablaba mucho a las plantas heridas también y estoy convencido que mi amor les hacía bien. Raro tributo que le profesaban a su dios despótico: seguir creciendo -que es, en definitiva, en lo que consiste la vida de la planta. Se trataba de dos casas conectadas inmanentemente pero con autonomía y como estaba en el corazón de la manzana, la calle era algo realmente lejano. En el patio reinaba el silencio, sólo interrumpido por el seseo sordo del Acceso Sudeste. Me encontraba, Toneci, parado frente a la ventana, calentándome en el calefactor cuando una bola de luz descendió sobre las baldosas rojas y se mantuvo suspendido un momento. Pequeños arcos de luz entraban y volvían a ingresar en la esfera, como erupciones solares en miniatura. No era mucho más grande que una pelota de fútbol. Me aproximé incrédulo al vidrio frío y limpié la superficie empañada para ver mejor pero antes de que pudiera decir palabra, la esfera recuperó altura y ascendió en la noche nublada y cargada de

electricidad. Azorado, le pregunté a mi abuela si también la había visto. Me respondió que sí pero que, desde su posición, sólo había percibido el resplandor. Estaba cocinando y la mesada quedaba de espaldas a la ventana del patio. Siempre pensé que se trataba de una centella. Hasta ahora.

Pero no pienses, hermoso Tonesuno, que siempre creí que estos eventos habían sido testimonios de un contacto. Durante muchos años -la mayoría de mi vida- simplemente los olvidé o lo negué o ambas. Dejé que los eventos se escurrieran por las hendidias de la memoria o los confundí con fantasías infantiles, nacidos de la orfandad vicaria que se sigue al desmoronamiento de una familia. Mi papá, tu abuelo, se fue de casa cuando yo tenía más o menos tu edad. Fundó otra familia en otra casa en Capital. Nos dejó en Wilde y por las noches sentía la obligación de ocupar su lugar de macho alfita. Debía escrudiñar los sonidos de la oscuridad en busca de indicios, de señales de los invasores que tomarían la casa. Por eso me gustaban las noches de lluvia; el repiqueteo de las gotas ocupando todo el espacio, desde todas partes a la vez, me hacía imposible escuchar los chirridos metálicos, los ¿pasos? en la escalera caracol que subía a la terraza. ¿Serían gatos o personas? Un día, estoy seguro, vi una sombra humana a través de los barrotes de la cortina de enrollar. La noche era una serie de hitos de sonido: el Acceso que se acallaba, los gatos que dejaban de gritar para dar paso al ave del alba que oímos cantar y nunca vemos. Hacia las 5 encendía las máquinas Don Aire, que tenía su taller detrás de mi cabeza, y los motores de la matricería retumbaban por toda la habitación hasta el amanecer. Era la señal de que ya no dormiría. ¡Le tenía terror a la salida del Sol! Quizás me daba la angustia ancestral del homínido primitivo al quedar expuesto por la luz. De más está decir, que no dormía bien por las noches.

En cualquier caso, estos dos eventos se mantuvieron separados en mi mente; conformando dos líneas causales independientes, sin conexión aparente. Pero lo que el oscurecimiento auto-inflingido de la experiencia no pudo evitar fue el vivo interés que siempre sentí por el fenómeno OVNI. Como diría tu abuela Ana, una formación de compromiso que trocó el olvido por una desenfrenada pasión por

conocer. La piedra en el zapato del neúrotico -en un momento volveré sobre esto, mi Noésis, ya puedo presentir la pregunta.

Concretamente, hace no mucho tiempo me topé en youtube con unos videos sobre fenómenos esféricos luminosos. Advertí, entonces, que las centellas no se comparten como la esfera que yo había percibido. Como sabrás, las centellas son un tipo muy raro de relámpago. Tanto que, incluso, para muchos estudiosos no son un fenómeno científicamente verificable simplemente por la falta de pruebas documental suficiente. Fenoménicamente, son bolas de luz, que flotan a escasa velocidad y desaparecen en cuestión de segundos. El primero y quizás más famoso avistamiento le sucedió al Zar Nicolás II, cuando aún era el Gran Duque Nicolás. Estaba en la Iglesia del Palacio de Peterhof , a las afueras de San Petersburgo, junto a su padre, el zar Alejandro II, cuando una esfera luminosa ingresó por una de las ventadas del templo. Era una noche tormentosa y el edificio estaba en semipenumbras. El objeto deambuló por el interior de la nave, iluminándola de repente. Merodeó entre los candelabros metálicos del altar y luego se acercó peligrosamente a la cabeza del zar, para luego ganar altura y retirarse por el mismo lugar por donde había entrado. El evento fue registrado años más tarde por Nicolás, ya zar, en sus memorias.

Si bien los casos de centellas son muy raros en la naturaleza, fenómenos similares han sido recreados en laboratorio. Como se que te gusta la precisión, hablo de un experimento realizado en 2006 por investigadores de la Universidad de Tel Aviv. En condiciones muy controladas, crearon pequeñas bolas de plasma utilizando potentes rayos de microondas envolventes. Según este estudio, los rayos globulares serían pequeñas esferas de plasma formadas por la interacción de ciertos materiales -como vapores de silicio- con fuertes campos electromagnéticos o de microondas. Ahora bien, lo que yo vi en el patio de Wilde no fue un rayo que impactó contra el suelo, desprendió polvo de las baldosas (¿su rojez estaba cargada de silicio?!) y que la energía residual hizo vórtice en los cristales suspendidos. Recuerdo haber ido al día siguiente y buscar en las baldosas la marca del impacto y no encontrar nada, cuando debería haber quedado una aureola oscura cuanto menos.

Por el contrario, la esfera luminosa que yo vi, descendió, permaneció unos instantes quieta, flotando en el lugar, para luego ascender verticalmente, conservando su forma en todo el trayecto. Esto es, de ser una centella debería haber desaparecido contra el suelo o desintegrarse en un haz de luz en forma de rayo -en caso de que el polo-nube ganara la batalla energética. Pero en ningún caso, debería desplazarse manteniendo la esfericidad, como luz compacta y coherente.

Y si ello era así, ¿lo que vio Nicolás era una centella u otra cosa? Además, los casos reportados de relámpagos circulares hablan de esferas pequeñas, cuyo tamaño nunca supera al de una pelota de tenis, cuando la que yo vi parecía más bien una de básquet. Sea como fuere, el propio concepto de relámpago circular no posee un acuerdo unánime dentro de la comunidad científica. Así que, incluso la razón natural que había elegido para explicar el segundo evento tampoco parecía tan sólida. Y si resultaba que la esfera luminosa no era un rayo globular, entonces ¿qué seguridad tenía de que el primer evento era una pesadilla infantil? Y si todo era cierto, si había sido contactado no una sino dos veces, no podía quedarme callado: tenía que transmitir mi experiencia. Es el compromiso con la verdad de hombre de ciencia pero, sobre todo, es mi responsabilidad como padre lo que me hace prevenirte. Mi Noeci, hay que decirlo: si no estoy completamente errado, ya estás en edad de ingresar al umbral de contacto y quiero que lo hagas muñado, cuanto menos, de la experiencia que puedo transmitirte. De tu hermana, ya lo verás, me ocuparé a su debido tiempo.

Algo importante que tenés saber es que es muy normal renegar el contacto. Hacer como si nunca hubiera ocurrido. En particular, un psiquiatra de Harvard, John E. Mack, recopiló en la década del noventa (la misma en la que ocurrieron los eventos) muchos testimonios de contactados. Mack observó que las personas tendían a rechazar sus propias experiencias, alegando explicaciones menos disruptivas para el sentido común que el encuentro extraterrestre. Atribuían la experiencia a cometas o ensueños; a explicaciones naturalistas, ondas de radio, gases de pantano. En mi caso, me armé una explicación de corte psicoanalítica -preguntale después a tu

abuela por qué habrá sido. En mi coartada, el contacto expresaba el deseo inconsciente de que mi padre regresara para cuidar de nosotros, sobre todo en medio de la noche conurbana. El padre ausente fusionado con una madre omnipotente, venida del más allá, para resguardarnos a mí y a los míos.

Pero la visitación, así entendida, expresaba más mi desamparo que un contacto y la reiteración pesadillesca no hacía más que sepultar bajo un manto de sospecha todo indicio de verdad. Simplemente, un sueño soñando otro sueño y nada más. Así viví convencido de que lo único real eran mis complejos psicológicos, lamentando la desdicha de provenir de un hogar roto. Fue eficaz, cuanto menos, en hacerme jurar que no haría lo mismo, que no dejaría a mis hijos solos al abrigo de la noche, que permanecería como lo hago velando por tu bien y el de tu hermana. Quizás mi vocación de psicoanalista frustrado abrevé incluso de esta misma fuente que apesta a domesticidad y autoindulgencia. Lo cierto era el terror nocturno; la íntima convicción de que los visitantes volverían durante el sueño. El terror del sueño reproducía, en verdad, el terror efectivamente vivido, ahora conservado sólo como afecto reprimido. Lo curioso es que el disfraz reproducía sin cambios la experiencia traumática, como en las neurosis de guerra de las que habla Freud. Todo esto podrá ser cierto siempre pero ello no significa que más allá de mi pasen cosas que nada tienen que ver con mi psiquis. De eso estamos hablando hoy.

Decía que, al parecer, cuando las cosas se ponen demasiado extrañas lo que manda el buen sentido es a sospechar o directamente a mentir, según se mire. No es de extrañar tampoco que tener experiencias demasiado alejadas de la norma lo pongan a uno en la situación del marginado y, cuando no, del enfermo mental y nadie quiere quedar en ese lugar. Vale decir, en la posición de quien afirma cosas que no hay y vive situaciones que no están teniendo lugar. Como especie gregaria dotada de conciencia reflexiva nos importa mucho el "qué dirán" porque, en definitiva, uno tiene que estar más o menos al tanto de lo qué hacen y piensan los demás con los que está destinado a convivir -un problema completamente ajeno al mundo de otros seres gregarios como las hormigas o las abejas, donde no hay ni chusmerío

ni profundidad filosófica. ¿Pensá que hasta el propio Mack fue enjuiciado por sus colegas! Aun cuando su investigación se limitara a describir los hechos y evaluar por medios objetivos si las personas entrevistadas creían en la experiencia que relataban. Al psiquiatra no le importaban las causas ni sus posibles explicaciones sino, únicamente, la veracidad que los contactados atribuían a sus experiencias. Encontró, así, que sus entrevistados tendían a racionalizar sus recuerdos. Como respuesta defensiva frente al contacto, buscaban incorporar lo extraño a lo conocido, diluyendo sus experiencias anómalas en alguna cadena causal natural o cuanto menos reconocida comunitariamente como "normal". Pero toda esta narrativa encubridora se desmoronaba al instante durante las sesiones de hipnosis y volvían a vivir en carne propia el terror reprimido. Sea Dios, un globo meteorológico radiante de fulgor azulverdoso o una nube lenticular bajo los oblicuos rayos del atardecer, lo cierto es que a Mack no le importaba la ontología detrás de los eventos sino el relato de los eventos y todos, al igual que yo, amado Toné, preferíamos hacer como si nada hubiera pasado y dejar que el olvido haga el resto.

Así se llega a la paradoja de que la propia ciencia opera obturando el compromiso con la verdad. Esto significa, mi Noésis, que hay un sesgo naturalista contaminando imperceptiblemente nuestras creencias y nos manda a callar sobre todo lo sobrenatural. Pero como no pudieron hacerlo con Mack por las buenas -su libro *Abduction: Human Encounters with Aliens* le valió un Pulitzer-, tampoco debería sorprendernos las sospechosas circunstancias de su muerte, atropellado por un conductor ebrio cuando se dirigía a dar una conferencia sobre contactados en el centro de Londres. Según se documenta en los diarios de la época, la carpeta donde llevaba el material para la charla nunca apareció.

Yendo a lo nuestro, me empezaría por el más famoso caso documentado de contacto con niños, que tuvo lugar durante los noventa. Ante todo, habría que empezar nuevamente por Mack y los testimonios recogidos en una escuela primaria en la Zimbabue rural. Esa investigación, que produjo registros fílmicos, dibujos de los niños (todos muy consistentes) y horas de testimonios -y terminó por ganar gran

repercusión en los medios; razón que seguramente contribuyó al celo moral de sus colegas. En los hechos, más de 20 testigos, sobre todos niños de escuela primaria pero también personal, afirman haber presenciado luces nocturnas los días previas al contacto. En particular, una autoridad del establecimiento, que dormía en el lugar, relata haber vivido una situación similar al primer evento: mientras descansaba en la cama, despertó paralizada dentro de su sueño y fue contactada por una entidad luminosa. Días más tarde y durante el horario escolar, se produjo el descenso de un objeto aplanado y brillante en el campo aledaño al predio donde los niños habían salido al recreo. Bajo el sol abrazador del mediodía africano y entre pastizales amarillentos, los contactados relatan haber visto salir de la nave figuras humanoides con trajes brillantes, altos y sumamente estilizados. Los visitantes, luego de observarlos por un momento a la distancia, regresaron al vehículo, que despegó y se desvaneció de su vista en un instante.

Pero no hay que irse tan lejos para encontrar testimonios de este tipo. En nuestro país hay un caso que en su momento también ganó alguna repercusión en los medios locales para luego desvanecerse del interés público. Se trata de la abducción de 3 o 4 niños (las fuentes difieren en este punto) pertenecientes a una misma familia, los Morelo, ocurrido en Concordia. ¿Te acordás, Noé, de esa vez que fuimos a visitar al socio de la abuela Ñañá que nos regaló un dorado congelado y a vos una caña de pescar? Bueno, esto pasó en esa misma ciudad entrerriana en 1997. Según relatan los padres, sus hijos estaban jugando en la calle en una zona semirural, cuando una luz compacta y coherente los envolvió de repente y se los llevó. Los hermanos Morelo tenía entre 3 y 8 o 9 años (discrepan los relatos) y algunos dicen que se los llevaron a todos mientras que otros, que sólo fueron 3 (en esta versión dejaron a la niña). Lo cierto es que estuvieron ausentes durante 3 días y la comunidad intervino activamente: la familia dio aviso a la policía y se decidió un intenso rastrillaje. Incluso, aviones militares sobrevolaron la zona en busca de los hermanos con resultado negativo. Pasados dos días y con la noticia repercutiendo en los medios, no sólo se hizo presente un sacerdote sino también un supuesto investigador del fenómeno OVNI

de nombre Armando Azparén. Hasta donde puede averiguar, este investigador sólo aparece asociada a este caso y no hay registros de su tarea antes o después. Sea como fuere, se presentó ante la familia y los tranquilizó: les dijo que los niños volverían pronto, sanos y salvos y que no tenían nada qué temer. Al día siguiente, en efecto, los contactados serían devueltos en un campo cercano a su propiedad. Algunos pobladores relatan haber visto luces extrañas surcando el cielo nocturno en ese momento.

Lo interesante del caso es que los niños fueron entrevistados por la policía y sus testimonios constan en registros oficiales. Los niños contaron que durante su ausencia habían estado viajando en una nave repleta de "botones de colores y pantallas brillantes" y que fueron recibidos por criaturas humanoides, con cabezas muy grandes y ojos amarillos. En particular, señalan a uno de ellos, el más brillante de todos, que llevaba una túnica dorada y que se presentó como "Lair" o "Lalar" (el diario "El litoral", lo llama de esta última manera, así que seguiré el criterio porque la fuente me parece más confiable). Lo cierto es que Lalar les hablaba sólo con el pensamiento y se mostró, tanto él (o ella o elle) como sus colegas humanoides en todo momento muy amables, hasta el punto de que los niños los consideraban sus amigos. El jefe de la policía, en declaraciones a la prensa sostuvo que, a su juicio, los testimonios eran verdaderos porque los niños "eran demasiado jóvenes para mentir". Con todo, la experiencia no parece haber sido por completo inocua: los hermanos Morelo regresaron con una extraña marca en sus mejilla izquierda, una suerte de grano o pústula que, para algunos, remite a marcas de agujas. Pasado un poco el bullicio y con los niños ya en casa, las autoridades aeronáuticas ocultaron los registros de la operación y tiempo después, los Morelo dejaron la ciudad para no regresar nunca. Algunos hablan de que su identidad fue cambiada para evitar que fueran contactados por los curiosos en el futuro. Nunca más se supo nada ellos.

Hay otro relato interesante del que me gustaría hablarte aunque no se trate de niños ni de la década del noventa. Se trata del caso de un camionero, llamado Dionisio Llanca, que fue abducido cuando se detuvo a cambiar la rueda de su vehículo en una madrugada de 1973 a

las afuera de Bahía Blanca. En su relato, Dionisio fue capturado por una luz compacta y coherente. Mientras estaba inmóvil en la soledad de la ruta, tres criaturas humanoides, dirigidas por una de naturaleza femenina, se le acercaron luego de descender de la nave por una plancha luminosa. Dionisio estaba inmóvil pero consciente hasta el momento en que la líder mujer laceró su mano izquierda y calló desmayado. El camionero reapareció 48 horas después en el Hospital Municipal de Bahía Blanca, sin recordar nada. Fabio Zerpa, un famoso divulgador del fenómeno ONVI en el país, lo entrevistó y bajo hipnosis logró reconstruir los hechos. Quizás lo más destacado sea que Dionisio recuerda que la nave se aproximó a unas torres de alta tensión y absorbió energía, antes de emprender el viaje. En esa misma hora, entre las 2 y las 3 de la madrugada, se produjo una baja de tensión que quedó registrada por los técnicos del sistema eléctrico interconectado y que, hasta ese momento, había permanecido inexplicable.

Pero estos relatos, dispersos y sin reconocimiento científico, están dejando lentamente de ser marginales. Asistimos, esta es mi convicción, a un cambio sustancial en la consideración social sobre el fenómeno OVNI. Los signos están por todas partes empezando por el reconocimiento de la veracidad de las capturas de videos realizadas por aeronaves militares, filtradas al *New York Times* en 2021. Se trata ni más menos que el primer reconocimiento de un Estado moderno de la presencia de tecnología no-humana en su territorio. Junto a las imágenes del objeto captadas desde la cabina del avión, existen además registros del radar del portaaviones donde estaban asentados los interceptores -en verdad, las aeronaves fueron enviado as para contrastar los datos del radar. Más allá del detalle, la verdad es que la presencia de lo extraño en nuestro propio hogar empieza, poco a poco, a volverse evidente. Por ello, no deberíamos pensar que lo extraño sólo se da a la distancia, como un mero oscurecimiento del horizonte de familiaridad -en esto se funda la creencia de que los extraños provienen del espacio exterior- sino que, como la mala hierba, lo anómalo crece entreverado con la norma. Personalmente, siento que estamos en un momento bisagra de la historia humana y quiero que estés preparada para lo que viene, sea

ello lo que fuere. En particular, no creo que haya sido una decisión errada rechazar la invitación porque -tampoco hay que ser ingenuo en este punto- los visitantes están buscando algo de nosotros. En muchos testimonios, se habla de intervenciones quirúrgicas, implantes y hasta planes de hibridación humana-extraterrestre. No puedo, ciertamente, dar fe de nada de ello pero si advertirte que la revelación de la que, posiblemente, seas testigo no será sin consecuencias. Quizás se trate de procedimientos científicos análogos a los que nosotros mismos hacemos con especies en peligro, donde el individuo padece en su carne algo que es bueno para la especie en su conjunto. En general, podría pensarse algo así de las esferas captadas en Fukushima merodeando los reactores durante el accidente; ¿estaban absorbiendo energía como la nave de Dionisio y, a la vez, cuidando el medio ambiente? Porque, a decir verdad, es evidente que los visitantes tienen una tecnología muy superior a la nuestra y que, si se tratara de una visita hostil habrían ya acabado con nosotros. Esto es, la esfera luminosa del segundo evento podría haberme calcinado al instante pero, como narra Nicolás, se retiró amablemente, en cambio. También pienso que la revelación de la presencia de lo extraño se encuentra acelerada por nuestro propio desarrollo tecnológico y, sobre todo, por la dispersión de dispositivos móviles que invaden el planeta. Simplemente, les resultará cada vez más difícil ocultarse y, tal vez, ya no encuentren sentido en hacerlo.

Sea como fuere, amado hijo, espero que estas palabras sirvan para que estés abierto a lo que sucede y que actúes siempre según tu mejor ciencia y consciencia. No te dejes llevar por las opiniones ajenas en cuanto a tus experiencias, porque ellas sólo te atañen a vos. No sé si serás contactado o no, aunque muchos relatos apuntan a que existen familias de contactados, visitados a lo largo de las generaciones. No sé cómo no lo mencioné antes pero la abuela Ana también relata haber visto, cuando chica, una criatura pequeña de ojos verdes brillantes y de aspecto humanoide asomarse por la ventana del living de Wilde. ¿Tendría también la edad del contacto? Desde entonces se fue a dormir deseando ser visitada por los extraños. ¿Habrá sido su anhelo el que se cumplió conmigo o, quizás, habían

ido a buscarla a ella y se encontraron con mi temor infantil? En cualquier caso, lo que sí puedo hacer es transmitirte mi experiencia, para que la sorpresa no te haga actuar con temor. Quizás el futuro de la especie dependa de que al menos uno de los nuestros sea lo suficientemente valiente para adentrarse en lo extraño y abrazarlo sin prejuicio y así enterarse qué tiene para ofrecer. Quizás esa sea tu tarea, amado Tonesi, como la mía advertirte. Valgan estas palabras, entonces, para que tu espera, cuanto menos, no transcurra en soledad.

Papá

Julio de 20XX.